Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

65 **Gaspar Campos era una fiesta**



Suplemento especial de
Página|12

BAJO EL PARAGUAS DE RUCCI

El 17 de noviembre de 1972, húmedo día del primer regreso, Perón llegó sano, fuerte. De buen humor. También llegó calzado. Se lo dijo después a Abal Medina: "Estoy armado, doctor". Porque Abal tendría 27 años, pero el Viejo lo trataba de "usted" y le decía doctor. Cuando aparece en la escalerilla del avión se le viene un oficial de Aeronáutica. Se presenta como el comodoro Salas. Perón le agradece la molestia "que se ha tomado en venir a recibirme, brigadier". El comodoro Salas lo corrige: "Comodoro, señor". ¡Ese "señor"! Todo el periodismo, todos los políticos, durante 18 años le dijeron "señor" a Perón. ¿Me faltará algún dato? Pero, aparte de los peronistas, ¿hubo alguno que se jugara y lo llamara "general", como realmente lo era, y pusiera en evidencia la imbecilidad de esa degradación? Dudemos. Perón era el "señor" Perón y si a alguien, de todos los que le decían "señor", se le leyeran los fundamentos de esa pérdida del cargo que la Libertadora había ofrecido, posiblemente le diera vergüenza decirle "señor" o, al menos, advertiría todo lo que estaba aceptando al decirlo. País de hipócritas que vivió 18 años aceptando un Decreto (el 4161) que era una patraña constitucional, un insulto a la democracia y a la república. No contribuyó poco al desastre general, al abismo al que se llegó. El comodoro le pregunta a Perón si van a bajar. Perón dice:

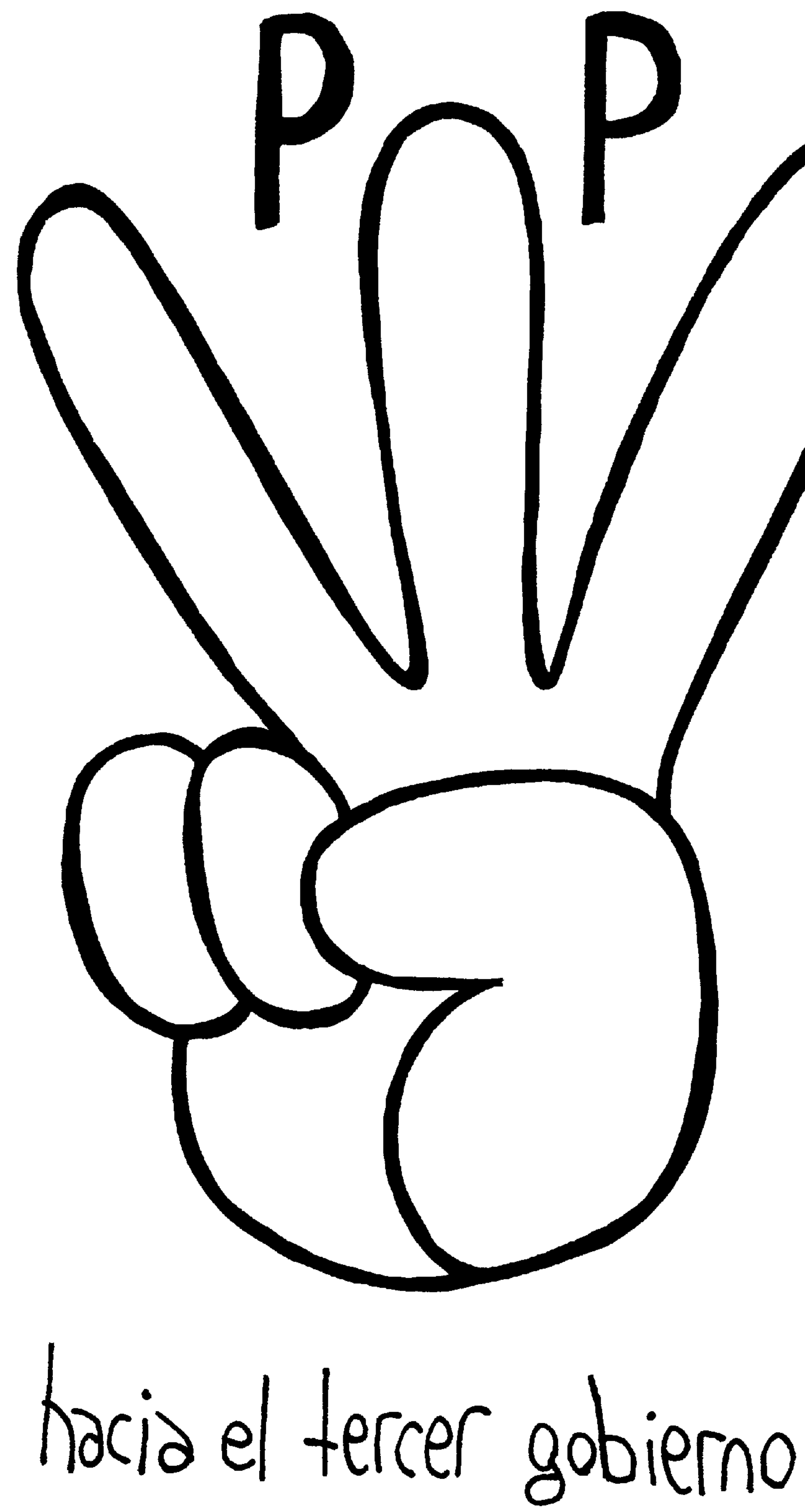
–Claro. Si no, ¿para qué vinimos?

Bajó y ahí sale la célebre foto. Es una foto que corresponde a la filosofía política del peronismo. Anticipa las futuras decisiones de Perón. Luego de la tragedia de Ezeiza, del 20 de junio, Perón elegirá el recinto de la CGT para dar sus discursos (que analizaremos con lupa, o tal vez con un simple par de anteojos: aún no estamos ahí). Elige a la fuerza tradicional del peronismo. A su creación más genuina: los sindicatos. Por eso se pone bajo el paraguas de Rucci. Abal Medina –aparte de su apellido incómodo, que Cámpora alabará más tarde con total convicción– era visualizado como un joven y todo joven estaba naturalmente inclinado hacia la juventud. Ahí fue Rucci. Muy poco –*pero: muy poco*– había hecho por el regreso de Perón. Ni él ni Lorenzo Miguel quisieron arriesgar demasiado. Y atención: tal vez haya sido Perón quien les diera la orden. "Déjenlos a los muchachos. Ustedes no arriesguen algo que servirá luego para la negociación. La dureza, a los jóvenes. Ustedes, después. Cuando haya que hablar de poder a poder. Del poder de los sindicatos al poder del Estado militar." Lo de siempre: en la dureza de la lucha, las piezas duras. En reserva quedaban intocadas las estructuras desde las que se negociaría.

La situación en Ezeiza –como no podía ser de otro modo– se soluciona. Y Perón sale rumbo a Vicente López. Casi a las 7 de la mañana llega a Gaspar Campos 1065, a una más que bonita casa instalada en el corazón del concheterío nacional. La voz se corre por todos los rincones de la ciudad, por todos los barrios, por todas la villas: "¡Perón está en Gaspar Campos!". Todos van hacia ahí y empieza uno de los más alegres, desbordantes, profundos despelotes de nuestra historia nacional, acostumbrada a los despelotes pero a los otros, a los sangrientos. Nadie va a morir en Gaspar Campos. Un peronismo unido (que luego se despedazará cruelmente) festeja el regreso del líder.

CLARITA, LO QUE NO FUE

¿Cómo llegar a Gaspar Campos? Durante el día 18 habrán pasado por ahí 100.000 personas. *Toda clase de personas*. El país estaba enamorado del *regreso* de Perón. Era la realización de algo que no podía ocurrir. Muchos, desde pibes, oían hablar de ese regreso. Se lo tenía incorporado. Era parte del paisaje nacional. Alguna vez volvería Perón. Con el tiempo, el *alguna vez volverá Perón* se transformará en el *esa vez se acabarán todos los problemas*. ¿Qué hacía en Gaspar Campos una pareja de modelos publicitarios como Marta Cerain y Horacio Bustos? Para colmo, llevaban un niñito en brazos. Algo que, digamos de paso, no era demasiado infrecuente. Estaba lleno de parejas. De parejas jóvenes. De parejas veteranas. De viejitos y viejitas. Llegué a Gaspar Campos en tren. Dejé el Renault 12 en casa. Fui con tres pibes y una chica de la Jotapé. Dos de ellos habían sido alumnos míos dos años atrás en la cátedra de Ansgar Klein, de la que yo era ayudante de trabajos prácticos. La chica también, pero de otra materia. Ansgar era un genio. Sólo que a veces estaba dando una clase y cerraba los ojos, como si durmiera. No como si estuviera muerto porque seguía hablando. Todos se miraban asombrados. Pero superaban la situación y lo escuchaban porque valía la pena. Cierta vez, uno de los alumnos que ahora van conmigo a Gaspar Campos se presenta a dar un final y dice: "El Estado en Hegel es la glorificación del Estado prusiano". Un energúmeno, uno de esos anticomunistas furibundos, belicosos (no como Borges, que a los comunistas les tenía miedo), se pone a gritar: "¡Esa es una interpretación marxista! ¡No es Hegel! ¡Usted no puede presentarse a un examen sobre Hegel y darnos una interpretación de Marx!". Era el profesor adjunto de Ansgar. Que permanece sereno. El tipo siempre había sido una bestia peluda. Una vez estaba estudiando en la biblioteca de Viamonte 430 (*una hermosa biblioteca*) y entra un alumno repartiendo panfletos. Cuando le pone uno en su pupitre, el tipo grita: "¡Sacá esto de aquí! Ni en la Biblioteca se puede estar. ¿A qué vienen a la Facultad ustedes?" El joven militante (seguramente de ARFYL, que eran comunistas) dice: "Perdón, compañero, no hay por qué..." "¡Yo no soy tu compañero!", estalla el dinosaurio. "¡Las pelotas tu compañero!" "¡Podemos discutirlo, compañero!" "¡No soy tu compañero, te dije! No tengo nada que ver con vos ni con ninguno de los tuyos." Junta sus libros y se va. Algunos ya le han empezado a decir que se calle, que el que está molestando es él. Entonces –estamos otra vez en la mesa de examen– le pregunta: "¿Quién es su profesor de trabajos prácticos?". El alumno le da mi nombre. "¿No ve, Ansgar? ¡Esta Facultad está llena de marxistas!" "Quédese tranquilo –le dice Ansgar–. Ya lo voy a arreglar." Sería el año 1971. Días después, Ansgar me cuenta el problema. "¿Y yo qué culpa tengo? (le digo). Si la *Filosofía del derecho* está hecha para la glorificación del Estado de Federico Guillermo de Prusia. Si cualquiera sabe que el viejo Hegel era un filósofo burócrata entregado al poder monárquico, dispuesto a demostrar que la historia había terminado porque no podía integrar al sistema el surgimiento del proletariado." Ansgar dice: "¿A usted le gusta caminar?". Llevábamos 15 cuadras caminando. "Ni mucho ni poco. Si hay que caminar, camino." "Mire, entonces hagamos esto: una vez por semana salimos a caminar un rato y usted me cuenta todas esas cosas que piensa sobre Hegel. Pero en clase no las diga más, ¿le parece?" Igual, mi alumno sacó un 7 porque después levantó con la dialéctica del amo y el esclavo. Ahora estamos en un tren. No recuerdo cuál. Ni una estación recuerdo. Creo que la que más sabía era la piba que iba con nosotros. A mí me gustaba mucho, pero... había sido mi alumna. Además, la politización casi absoluta de la época había terminado por imponer cierto ascetismo. Primero la política, después el sexo. O puesto de otro modo: *antes perón que coger*. Días atrás entrábamos al Blasón, en Pueyrredón y Las Heras. Eramos unos cuantos. Uno me dice: "Mirá, esa mina. La de la mesa contra la ventana. Mirá lo bien que está". Lo miré y le dije que sí. Y pensé: "¿Qué le pasa a este boludo? ¿En qué mierda tiene la cabeza? Está por volver Perón y se distrae mirando minas". Hay ciertas versiones en que la Jotapé parece un festival de polvos. Falso. Pura imaginería calenturienta. Se hacía lo justo, pero no más. Y sin duda un poco menos porque la coyuntura era tan excepcional que uno no se podía distraer. Minas habría siempre. Pero Perón volvería una sola vez. El poder se tomaba una sola vez. La batalla en que todos estábamos era única, sucedía ahora y de su resultado dependían nuestras vidas. Y todos nuestros polvos futuros, desde luego. De modo que a esa instancia temporal remití lo que tenía ganas de hacer con mi ex alumna. Creo que le decíamos Clarita. No sé si fue con ella o con otra (creo que con otra: pongamos María) que sucedió, años después, algo que sucedía entre los sobrevivientes de la catástrofe. Uno está con un ex Jotapé y recuerda el pasado y de pronto el tipo dice: "¿Te acordás de María?" "Sí, pero no la vi más. ¿La boletearon?" "No, zafó. Está en México. Gana bien." "¡Qué buena que estaba! ¡Qué hermosa piba era!" "Claro, fue novia mía." "¿Novia tuya? Turro, te la cogiste entonces." "Y sí, unas cuantas veces." "Pero nunca me dijiste nada." "¿Sos loco? Ni a vos ni a nadie. Si los compañeros se enteraban nos cagaban a palos a ella y a mí." Ahora Clarita dice que estamos cerca. Que faltarán dos o tres estaciones. O menos.



LA MOROCHADA VILLERA

El tren se detiene y entra el aluvión zoológico. El vagón (que iba medio vacío) se desborda de una morochada villera con pancartas, pitos, cánticos, puteadas. "¡Volvió Perón, carajo!" "Qué lindo, qué lindo que va a ser/ Lanusse bajo tierra/ Perón en el poder." "Juventud presente/ Perón, Perón o muerte!" Pero la gran consigna que largaron tenía la frescura de los primeros diarios de la mañana. Días atrás, la Nueva Fuerza, que comandaba Alsogaray, había lanzado el nombre de un candidato para cualquier posible proceso electoral. La Nueva Fuerza (con una guita que vaya uno a saber de dónde venía) ya hacía campaña en la tele, en las radios y en las calles. Estaban muy bien hechas. Yo sé quién las hizo pero me callo porque no quiero agitarle la vida ni preguntarle cuánto ganó. La estrellita de los comerciales era una rubiecita hermosa que después se fue a Brasil a filmar pornochanchadas. Todos los que salían eran de clases altas. Un pibe con una motocicleta impresionante. Estudiantes. Empresarios. Y la rubiecita que bailaba con mucha gracia y ritmo monopólico y gorila. (¿Existe ese ritmo? No sé, pero era el que ella bailaba.) La Nueva Fuerza larga el nombre de su candidato. Era un tipo con una espectacular cara de tarado. Y se llamaba Chamizo. Esa tarde, entonces, en ese tren que nos lleva a Gaspar Campos, los morochos villeros se ponen a cantar: "Con la cara de Chamizo/ haremos un mural/ para ponerlo en el baño/ donde caga el general". Clarita casi se muere de la risa. Y de pronto –como si lo tuvieran organizado– se largan a cantar la Marcha Peronista (*la marchita*). Cantan y saltan y corren a lo largo del vagón. Uno nos pregunta: "¿Son compañeros, no?" "No, estamos con el Gran Acuerdo Nacional. Creemos que es hora de integrar el peronismo a la democracia. Por más fascista que sea Perón y aunque estemos en contra del salvaje asesinato del general Aramburu." Hay distintas formas de suicidarse: ésa pudo haber sido una. Pero no, ni locos. Dijimos: "¡Compañeros, claro que sí! ¡Todos peronistas! ¡Todos con Perón!". Y lo dijimos sinceramente. Era un día de fiesta. Los muchachos seguían con la marchita. Mis ex alumnos se sumaron con brío, saltando en los asientos, agitando los brazos. Clarita se quedó sentada y se puso a cantarla conmigo. Carajo, qué bien la cantaba. Se la sabía toda. Uno era un poco nuevo en esto del peronismo. Y yo, a la marchita, mucha bola: nunca. Menos aún a esa parte bizarra de la Argentina grande con que San Martín soñó. "Es la realidad efectiva, que debemos a Perón". Esta parte me volvía loco. ¿La realidad efectiva? ¿Qué realidad efectiva? ¿Para qué había que pelear, que militar tanto entonces? Además, esta mierda... ¿se la debemos a Perón? Me gustaba la estrofa del "gran argentino" que se supo conquistar "a la gran masa del pueblo combatiendo al capital". Era muy buena. Los antiperonistas de izquierda siempre venían con el discurso en la Bolsa de Comercio de 1944 al brazo y decían "aquí está la prueba, Perón es amigo del capital" y en la marcha partidaria (¡nada menos!) figuraba lo del líder que se conquistó al pueblo "combatiendo al capital". Igual, no entendían. Si Perón habla en la Bolsa de Comercio, ¿qué quieren que diga? ¿Qué odia al capitalismo? Perón adecuaba su palabra al lugar en que esa palabra era dicha. Bueno, pero estamos hartos de ver esto. Sigamos. A esa parte –la de la realidad efectiva– nunca me la pude memorizar. Y a la de los derechos sociales que Perón ha establecido, tampoco. "El pueblo entero está unido." ¿Dónde? ¿Cuándo? Clarita se ríe apenas descubre mis vacilaciones: "Vos tenés tus buenos problemas con la Marcha, ¿eh, profesor?" No sólo yo. Muchos otros también. Los pibes de la *Fede*, pongamos. ¡Algunos se habían hecho peronistas hacía apenas seis meses! De los radicales, ni hablar. Todavía no habían aprendido la Marcha radical y ahora tenían que aprender la peronista. Los morochos villeros terminaron la Marcha y volvieron a acordarse de Chamizo: "Con la cara de Chamizo/ haremos un mural/ Para colgarlo..." ¿No le estaban infiriendo un excesivo castigo al general? Pobre Perón: tener que hacer algo tan complejo como mover el vientre (o sea, ca –con permiso– gar) y tener, a la vez, que mirarlo o, peor, ser mirado por... ¡Chamizo! Llegamos a Gaspar Campos.

LA CONSIGNA DEL DOBLE PODER

Me separé de los pibes. Dolorosamente, me despedí de Clarita. Pero lo nuestro era imposible. O no estaba en mis planes. Qué sé yo. Me habría complicado demasiadas cosas. Además, quería mirar y saber que miraba lo que sucedía. Tener conciencia de eso que estaba pasando mientras pasaba. No quería pensarlo mañana o dos días después. Ahora, en el momento. Vivirlo y pensarlo. Para eso tenía que estar solo. Era un hecho único. El país no había vivido ni viviría otro igual. ¿Cuántas personas? 100.000 personas habrán desfilado por Gaspar Campos. Y eran cifras oficiales. Había una amplia ventana que funcionaba como el balcón de la Rosada. Temprano, a la mañana, Perón había aparecido de traje. Después se fue a dormir. Edgardo Sajón, también temprano, había anunciado que Gaspar Campos era tierra de todos y que "todo el mundo" tenía libre su acceso. Empieza la euforia, el desborde. Había muchos pibes, es cierto. En *Conducción política* Perón ya había dicho: ganamos cuando votaron los hombres, ganamos cuando votaron las mujeres, ¡pobres de ellos cuando voten los pibes! Bien, aquí estaban los pibes. No es por ponerse sentimental, pero esta verdad hay que decirla: a Perón se le había hecho. Los *únicos privilegiados* de los años '50 estaban ahí. Pero había mucho más. Los morochos villeros que viajaron en tren con nosotros, difícil que alguna vez hayan sido privilegiados de nada. Bonasso hace una buena descripción: "Chicas de barrio, con ruleros en el pelo; nenas con trencitas; lúmpenes en camiseta; jóvenes obreros con sus camisas domingueras; ruidosos estudiantes de clase media; gorditos de gorra que dirigían las columnas con silbatos cariocas; militantes que convertían en humor la guerra encerrada en las consignas" (Bonasso, *El presidente que no fue*, *Ibid.*, p. 438). Los de Guardia de Hierro formaban un círculo y corrían como los indios. Bajaban la cabeza y decían: "¡Perón!" La levantaban y decían: "¡Superpibe!". Pero había consignas superiores. O por agresivas o por ingeniosas.

Qué lindo, qué lindo que va a ser
Lanusse bajo tierra, Perón en el poder.

La célebre:

Qué lindo, qué lindo que va a ser
el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel.

Y también:

Socialismo nacional
como quiere el general.

La ya clásica:

Duro, duro, duro,
vivan los Montoneros
que mataron a Aramburu.

Y el *Cinco por uno/ no va a quedar ninguno.*

O las muy fierreras:

Lucha, lucha armada
Perón en la Rosada.
Fusiles y machetes
por otro 17.

Si se comparan estas consignas con las del 17 de octubre del '45 la acentuación del componente violento es poderoso. Aquéllas eran festivas:

Perón no es comunista
Perón no es dictador
Perón es hijo del pueblo
y el pueblo está con Perón.

Yo te daré
te daré patria hermosa
te daré una cosa
una cosa que empieza con "pe"
"Perón".

La más osada lo era en el plano sexual y la cantaban las mujeres:

Sin corpiño y sin calzón
todas somos de Perón.

Pero la consigna más importante que se lanza ese día es la del *doble poder* que se ha instaurado en el país. Anguita y Caparrós, en *La voluntad*, creen saber quiénes fueron sus creadores. No hay ningún problema. Si lo quieren así, que así sea. Escriben: "Elvio Vitali se había encontrado de nuevo con el Negro Sanjurjo. Justo detrás, un grupo de Guardia de Hierro cantaba *Superpibe, Superpibe* para saludar a Perón. La consigna no era muy política" (*La voluntad*, tomo II, edición de bolsillo, p. 659). Elvio y el Negro empiezan a juguetear con frases. Necesitan algo denso, con contenido fuerte, que exprese lo que está ocurriendo.

"–No, así no va. Estuviera, ¿cómo rimás? Cumpliera, cagadera.

"–Violetera, camarera, cocinera, tetera.

"–'La Casa de Gobierno cambió de dirección'...

"–...'la trajo para Olivos/ el general Perón'.

"–Esa. Esa puede ser, pero sería mejor 'está en Vicente López/ porque quiso Perón'.

"Elvio y el Negro se miraron y les pareció que la habían encontrado.

"–Ahí, ahí, por ahí puede andar. O pará. ¿Qué te parece 'está en Vicente López por orden de Perón'?".

"–¡Grande, Elvio, carajo! Es ésa, es ésa. A ver cómo queda: *La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ está en Vicente López por orden de Perón.*

"Entonces aparecieron el Tala Ventura y Pancho Talento, que también eran compañeros suyos de la facultad, y decidieron tratar de imponer la nueva consigna. Un rato después, veinte o treinta mil personas la cantaban y Elvio estaba ancho como un ropero, emocionado" (*La voluntad*, *Ibid.*, p. 659). Esta consigna pudo surgir antes. Mucho antes. Diez años antes o más. Los políticos argentinos y los militares no se cansaron de decir (durante la proscripción de Perón): "No puede ser que la política argentina se decida en Madrid". Era así: los hilos –o demasiados de ellos– se anudaban cruzando el Atlántico. La consigna que debió surgir era:

La Casa de Gobierno
cambió de dirección
está en Puerta de Hierro
por orden de Perón.

Pero ni a Elvio ni a su amigo se les ocurrió. Ni a ellos ni a ningún otro. Por ahí no era el momento. Que surgiera hoy, en Gaspar Campos, fue un golazo. De pronto llega un camión de Canal 11 o Canal 13 (no recuerdo, qué bronca). Bajan todos. Instalan cables, ponen cámaras. Al mando, Jorge Conti. No había sido peronista nunca. Jamás dio la jeta por el peronismo. Pero ese día la vio clara. Se jugó por los peronchos. Después se jugaría por López Rega. Un muchacho encantador. Trepaba tanto que llegó a donde no debía llegar. Y se vino abajo.

En cuanto a la consigna: *Y llora, llora / la puta oligarquía / porque se viene / la tercera tiranía*, no es de Gaspar Campos. Surge después. En el acto de Atlanta del '73. Ya en pleno conflicto de la juventud con Perón y su Brujo incondicional, pegado a él todo el tiempo: porque era, recordemos, la CIA, y el general, de puro piola, lo quería marcar de cerca.

Hablando del general. Sale de nuevo a la venta-

na. Es la primera vez que yo lo veo. Increíble: es Perón nomás. Lo imposible puede ocurrir. Lo que el pueblo quería desde 18 años atrás. El avión negro. El querido general. El héroe del caballo pinto. El compañero de Evita. El macho que se cogió a Nelly Rivas. Y si también cogió con Archie Moore, ¡qué importaba! Hubo una consigna para eso:

Puto y maricón
queremos a Perón.

EL POCHITO

El Viejo está en pijama. Alza los brazos y sonríe. Como si lo imitara a Perón. Sólo que no imita a nadie: *Es Perón*. Ahí empieza un fenómeno formidable. Hagan caso a mi versión. No fue Isabelita la que apareció con el célebre sombrerito deportivo y se lo impuso al general. No. Alguien se puso a gritar: "¡El pochito, general! ¡El pochito!" *Fue el delirio*. Miles de personas gritando: "¡El pochito!" ¿Por qué el "pochito"? Sé que páginas, muchas páginas atrás lo adelanté. Pero el momento es éste. Porque la oligarquía había ridiculizado durante años el pochito de Perón. Dibujos de Tristán, de Faruk, de Lino Palacio, de Landrú. De muchos más. Bromas pesadas en los teatros de revistas llevadas a cabo con efectividad demoledora por cómicos tan eficaces como Pepe Arias y Adolfo Stray. No hubo, en la Argentina gorila, quien no se riera del pochito. Bueno, hoy, se lo pedían a gritos. Todos: jóvenes, viejos, pibas, pibes, lúmpenes, cientos de morochos de las villas. Los negros de Perón. Los intelectuales. Los periodistas. Las actrices. Los actores. ¡El pochito, general! ¡El pochito! Perón se lo puso, sonrió ampliamente y saludó a lo campeón. ¿Qué era eso? ¿Irracionalismo puro? ¿Populismo? ¿Barbarie? ¿Tercermundismo irredento? *Era una burla a los gorilas. Una escupida a los padres. A los patrones. A la educación oligárquica sufrida durante 18 años*. Era reírse de la solemnidad de Onganía. De la disciplina militarista. De todo lo establecido. "Para nosotros, el gorrito no es ridículo. Es un símbolo de alegría. Nos gusta. Tenemos un general jodón. Se ríe de las convenciones. Se comunica con el pueblo. Se burla de los ritos y los modales oligárquicos. En lugar de frac y de moño usa pijama y gorrito pochito. Los usa en vez del uniforme de milico que le tienen negado." Todo eso se decía por medio del simple arte de ponerse el pochito, de sonreír, de saludar con una mano, con la otra, con las dos, a lo campeón, de saludar a un viejo peroncho de los viejos tiempos, de hablarles a los muchachos, de pedirles que se cuiden, que se bajen con prudencia de los árboles, que se vayan temprano a casa. Pero –cuando habla y todos escuchan en silencio– es a los jóvenes a los que dirige su palabra. Expresa su satisfacción por la "calidad humana" que tienen. Y sigue: "Cuando un país puede confiar en su juventud debe sentirse orgulloso de su futuro. Por fatalismo biológico será ese país quien prive sobre los demás. Por eso, el mañana es de ustedes, muchachos" (Citado por Galasso, *Ibid.*, p. 1135). Que nadie se permita creer que mentía. También después de Ezeiza les dirá a los muchachos: "El mañana es de ustedes". El *ahora* es nuestro. El presente es mío, de los sindicatos, de la CGE, y de mis fieles colaboradores, sobre todo Lopecito, que, ustedes lo saben tan bien como yo, es la mismísima CIA y tengo que tenerlo cerca para controlarlo.

Lo que a mí me reventaba del léxico de Perón eran esas referencias constantes al *fatalismo biológico.* Las había sacado de los manuales alemanes sobre la guerra que se había leído de joven. Nada suena más nazi que *fatalismo biológico*. De puros brutos, sus enemigos nunca le pegaron ahí. Pero ni aún el *fatalismo biológico* les sirvió a los jóvenes para imponerse sobre el líder. Se demuestra así una vez más que no hay *fatalismos biológicos* en la Historia. Lo que hay es la praxis diferenciada de los sujetos, su pasión por imponer sus proyectos. Al *fatalismo biológico* de los jóvenes lo liquidó primero la Triple A y luego los militares. Pero –buscando el fundamento último de los hechos– lo liquidó la metodología de la Escuela Francesa. ¡Se enseñaba en la Argentina desde la Libertadora! Sus ideólogos y combatientes fueron los generales Aussaresses y Jacques Massu. También el coronel Roger Trinquet. El Monstruo –desde muy temprano– se venía preparando.

Los gorilas responden con furia. Como Perón sale a la ventana a saludar, después se mete en la casa, después sale otra vez y así 25 veces en el día, se gana el mote de "Cú-cú". Aquí había algo de humor. Pero el violento marino Horacio Mayorga (expresando, sin duda, la opinión de los suyos) declara: "Las Fuerzas Armadas, y la Armada dentro de ellas, aceptaron el regreso de quien no dejará jamás de ser un degradado general". Mucho más contundente, construyendo una imagen aterradora, el contraalmirante Jorge Palma, dice: "Perón en la Argentina es como tener una serpiente en el living de la casa" (Galasso, *Ibid.*, p. 1136). Al día siguiente, en la revista *Panorama*, un periodista estrella de esos años, Jorge Lozano, con un desdén olímpico, escribe: "La juventud peronista fue a Gaspar Campos a ver a un viejo en pijama". Eso era todo. Un viejo en pijama. Habían pasado 100.000 personas por Gaspar Campos. Hasta viejitos que todavía tenían el carnet de afiliados de los años '50 y lo mostraban con emoción. Otra vez los boludos. Todos tarados, todos brutos, todos bárbaros, ignorantes y fanáticos. Él, Lozano, era la razón iluminista. Heredero del linaje de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, desdeñaba a ese populacho bullanguero. Esa misma noche, tarde, escribí un volante que Miguel me había pedido para su agrupación en San Isidro: "Y algunos periodistas, lozanos hoy, no se verán tan lozanos mañana, cuando el pueblo se haga cargo de ellos". Después me atormentaría haber escrito esto. Creo que fue la frase más violenta que escribí en mi vida. ¿Lozano perdería su lozanía? ¿Perdería su lozanía a manos del pueblo? ¿Qué era perder la lozanía? ¿Qué era ser lozano? Busqué algunos sinónimos. Ninguno era tranquilizador. Ser "lozano" era ser saludable. Ser vigoroso. Ser robusto. *Ser sano*. El tipo sería un canalla, pero ¡no podía pedirle al pueblo que le quitara su salud, su vigor! Eso y pedir que lo amasijaran era lo mismo. Carajo, ¡y yo que estaba contra la violencia! Que todo lo que escribía era a favor de la lucha de masas y contra el foquismo. Tendría que hablar con Miguel. ¿Estaría a tiempo de frenar ese volante? "¡Pero no seas pelotudo!", me diría Miguel. "Nadie va a entender nada. Si da asco de literario que es. Además, ni lo nombrás al tipo. No decís: 'Hay que boletear a Jorge Lozano'. Decís: 'Hay que hacerle perder su lozanía a ese periodista que está tan lozano'. ¿Qué puede querer decir eso? A lo sumo, que lo caguen a patadas. No le vendría nada mal, creeme."

"BUENOS DÍAS, GENERAL, SU CUSTODIA PERSONAL"

Ni una de las 25 veces que Perón se asomó a la ventana lo hizo sin López Rega e Isabelita a sus costados, franqueándolo. Juro que yo casi ni los miré. Creo que la mayoría de la gente tampoco. Salvo los que eran recibidos en Puerta de Hierro nadie sabía casi nada del poder que ejercían sobre Perón. Ahora, en Gaspar Campos, sólo estaban presentes. Eran la "boluda" de Isabelita y el "pelotudo" de López Rega. Ella, la mala copia de Evita. Una mina que el Viejo se había enganchado por ahí porque le costaba estar solo. Si el Viejo la necesitaba, que le diera nomás. Algo sabría hacer ella que a él lo dejaba muy feliz. Y el otro, el payaso, ¿a quién iba a joder ése? Era el *Eusebio* de Perón. (Supongo que lo recuerdan: *Eusebio* era el bufón de don Juan Manuel de Rosas.) Le traería las pantuflas. Le serviría el desayuno. Algunos habían vuelto de Puerta de Hierro con la secretísima noticia que a todos contaban: "Le masajea la próstata". ¿Perón tenía próstata? ¿Un líder de masas tiene próstata como cualquier viejo que se babea en un geriátrico? Increíble. ¿Y ése era el poder de López Rega? Ma sí, que se porte bien o las orgas se lo cargan no bien se mande la primera cagada. Todo era fácil.

Ramus, Medina
Perón en la Argentina

Tal vez el periodista Lozano tuviera razón. Pero una razón muy pobre. Que sólo funcionaba si a los hechos se les extraía todo el contexto que les daba sentido. Todos, es cierto, habíamos visto en Gaspar Campos a un viejo en pijama. 100.000 tontos desfilando frente a una ventana para ver a un anciano hacer gestos amistosos apenas vestido con un pijama y, para colmo, con un gorrito en la cabeza. Pero eso que llamamos *el ser humano* se alimenta de ilusiones. De esperanzas. La Historia juega con él. Aunque no habría Historia si no hubiera hombres sobre la tierra. Ese día 18 de noviembre tomó forma en Gaspar Campos una cara de la esperanza. Para los viejos (*y había muchos*) había vuelto el único tipo que se había ocupado de los pobres, les había dado derechos y, sobre todo, el orgullo de sentirse legítimos dueños de este país, que siempre había sido de otros. Tan dueños como sus patrones y hasta más porque el Estado los protegía, lo tenían a su favor. Por primera vez en la Historia los pobres sintieron que un Gobierno se ponía de parte de ellos. Para los políticos, los profesores, los profesionales, ya era hora de volver a una democracia sin exclusiones. Eso acabaría con tantos años de odios, de imposibilidades, de mentiras. Para los jóvenes, el que estaba en esa ventana era ese ser demoníaco sobre el que sus padres –desde niños– les habían hablado pestes, lo peor. Era el maldito. Debía ser entonces lo que alteraba el orden contra el cual estaban. No podía ser que un hombre amado por los pobres y odiado por los poderosos no llevara en sí una carga revolucionaria fascinante. De esa carga, de esa potencialidad consagrada por el odio de los viejos dueños de la patria, se hizo cargo la Jotapé. Algunos se enamoraron de ella, sobre todo los más jóvenes. Otros pensaron utilizarla. Nadie pudo permanecer ajeno a ella. Gaspar Campos, además, fue un día de júbilo. No murió nadie. No hubo enfrentamientos. No hubo represión. Sólo hubo alegría. Y en el alma de todos se armó esa urdimbre que da aliento a la vida de los hombres entre tantas tristezas: la esperanza. Todo iría bien de aquí en más.

Era tarde cuando me fui. Se iban todos. Perón no volvería a aparecer. El cú–cú se había cobijado. Les había pedido a sus muchachos que hicieran silencio porque necesitaba dormir. "Hace más de tres días que no me saco los zapatos". Vacía, la calle frente a la mansión semejaba increíblemente estrecha para todo lo que había contenido. Muchos jóvenes se quedaron para hacer guardia. Para cuidar al general. Al día siguiente, a las 7 de la mañana, empezaron a decirle:

Buenos días, general, su custodia personal.

–¡Carajo! –habrá dicho Perón–. Ya empiezan a joder otra vez.

–Son insistentes estos muchachos, general –le habrá dicho López–. Huesos duros de roer. Mire las pretensiones que tienen. "Su custodia personal."

–No te preocupés, López –le habrá dicho Perón–. Mi custodia personal es Osinde. Y en la casa sos vos.

Caminé hacia la avenida Maipú. Ahí me dio un poco de tristeza andar solo. Pero ya me encontraría con alguien. Maipú era un descontrol. Los coches no podían avanzar hacia ninguna parte. Los pibes de la Jotapé trataban de poner orden. Crucé hacia la vereda de enfrente. Me quedé un rato ahí. Mirando todo como si estuviera fuera de la realidad, en terreno neutral. Entonces la vi a Clarita. Estaba con uno de mis ex alumnos. Con el pelotudo que le había dicho a Ansgar Klein que el Estado, en Hegel, era la glorificación del Estado monárquico prusiano. El tipo, sin embargo, le estaba dando un beso alevoso a Clarita, que lo abrazaba y lo acariciaba con sus manos ardorosas. Epa, ¿no era que la militancia estaba antes que el sexo? Posiblemente. Pero la militancia –por ese día al menos– no tenía más reclamos. Clarita apoyó su cabeza en el hombro de su fugaz amante y fugazmente también me miró. Apenas me miró. Pero fue un cruce fuerte. Y en ese cruce latía un reproche: "Pude haber sido tuya esta noche, profesor".

La fiesta de Gaspar Campos había terminado.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Cámpora, el elegido de Perón